



### La lengua frágil

Óscar Brox

BAJO LA CÚPULA. PASEOS CON PAUL CELAN, DE JEAN DAIVE (LA UÑA ROTA)

“No resulta sencillo volver a encontrar la palabra, es decir volver a aprender la palabra o a hablar. Es un poco como si uno volviese en sí tras diecisiete años de coma y se oyese pronunciar una sola palabra: ‘escribir’, sin concebir lo que esta palabra significa”. Vuelvo, una vez más, a un recuerdo a propósito de la lectura, hace ya unos años, de Ingeborg Bachmann; de hecho, lo he contado tantas veces que creo que lo he deformado, que me lo he apropiado, que si leo de nuevo *Tres senderos hacia el lago* podré observar que no es como lo describo. Hay un relato y una pareja, también un amor en pleno deshielo emocional. La lengua salta entre diferentes idiomas, reparando en cada momento en la brecha (de sentido, de distancia) que se agranda y aísla a sus protagonistas hasta la incomunicación. Con esos mimbres, dirá Bachmann, no se puede escribir un nuevo mundo.

Algo en la escritura de Jean Daive me trae a la memoria las palabras de Bachmann. Cuando conoce a Paul Celan, París es un lugar preparado para la ebullición. Una ciudad convulsa que, podríamos decir, no sabe cómo escribir un nuevo mundo. Contrasta, pues, con la humildad lingüística (dice Judith Butler) de Celan, donde las palabras se desmenuzan, se descomponen una y otra vez, llevando al límite eso que cada una significa. De hecho, en esa forma tan elíptica del autor de desgarnar los paseos con el poeta uno se siente tentado de advertir un vocabulario. O un alfabeto. O un

lenguaje. O, simplemente, la tentativa que lleva a cabo Daive para dar cuenta de su amigo muerto. De ese poeta en el que se arracimaban demasiadas cosas, demasiados condicionantes: su naturaleza apátrida, su sangre judía y su lengua alemana; el conflicto interno con intelectuales de su tiempo, entre ellos, Martin Heidegger y Theodor Adorno; el filo permanente de la muerte, la de sus padres durante el Holocausto y la suya propia cuando decida arrojarse a las aguas del Sena; y la forma en la que se decantan las palabras de su poesía.

El escenario parece siempre el mismo: la calle del Ulm, la École Normale, La contrescarpe, Longchamp, Tournefort, la comida en Le Choje, las horas sentados frente a un texto que a menudo no se sabe qué espera antes, si la lectura o su traducción. Y entre tantas observaciones, una certeza: *las palabras pertenecen a nuestro metabolismo*. Daive retrata a Celan, lo viste a través del lenguaje y lo desviste a través de la fragilidad de la lengua. Habla del poeta y del amigo, y de cómo escribir sobre él es, describirle, de alguna manera significa traducirlo: “Una palabra es una palabra y traducirme es encontrar siempre la palabra adecuada. A veces es

necesario dejarse llevar por la deriva del sentido. Es necesario volver de inmediato al punto de partida, retomar el sentido literal: es el apropiado”. En ocasiones, Daive habla de Celan como de un secreto que se aproxima lentamente hacia nosotros, como un ejercicio de deducción, como un poema que se extiende por los lugares que marcan sus paseos, por las mujeres que marcan su biografía. “Nada de palabras o imágenes, sino que reducía a una reja el mundo para dilucidarlo”. También este retrato es una reja mediante la cuál dilucidar a Celan.

Daive salta a través del tiempo y las conversaciones; en ocasiones regresa, obsesivo, sobre un mismo episodio o una misma frase. A veces describe a Celan con toda la precisión imaginable y a veces es solo un fantasma de humo. O una evocación en palabras de un amigo (de Joerg Ortner, por ejemplo). O el tumulto que levanta en la Alemania de posguerra la costra de las heridas del genocidio. ¿Cómo se desenmaraña eso? ¿Cómo se lavan las palabras? Daive describe el rostro, el humor cambiante, la enfermedad y la reclusión; encuentra a Celan en sus conversaciones sobre Kafka, en la visita a Todtnauberg y el silencio de Heidegger, en

el cruce de miradas con un Tarkovski en el exilio de Taormina. Y lo cierto es que nunca un libro tan breve, de escritura tan elíptica, ha desprendido tanto agotamiento, tanta necesidad de capturar una figura que se va descomponiendo entre las dobleces de sus versos. Cuesta no pensar en toda la imaginación que recoge Daive para escribir sobre Celan, en los nudos y las marañas, en la fragilidad de la lengua y los saltos de idioma, en la promesa de nuevas palabras que se ajusten a un nuevo mundo y en la sombra de aquel otro, el viejo, cuyas cicatrices históricas rompen las palabras. A propósito de *Todtnauberg*, dice Félix Duque: “él mismo [Celan] se sabía híbrido, y por tanto seguramente ‘monstruoso’ a sus propios ojos: de estirpe judía, pero de cultura y lengua alemanas”. Lo crudo, más tarde, de camino, evidente. Dice Celan en el mismo poema.

Celan son los paseos hilados a la memoria de Daive, las huellas, los gestos, las calles y los lugares. Cada pequeño detalle, cada fragmento rescatado del recuerdo, que el autor trae a colación para intentar acercarse, como si fuera un astro a gran distancia, la figura de su amigo. En un libro breve, de una belleza a ratos apabullante y, por qué no decirlo, exigente, este es sin duda el mejor:

*Se pone a llover, fuera. Fuera, llueve, se pone a llover y miro la lluvia. Miro a Paul ante la lluvia, a contraluz: tenso, cortante y sin verbo.*

Lo siguiente en caer es la noche, y Celan con ella.

### Todo es presente

Juan Jiménez García

TRES HABITACIONES EN MANHATTAN,  
DE GEORGES SIMENON (ANAGRAMA, ACANTILADO)

Encontrarse en la noche para perderse no solo en ella, sino también uno en la vida del otro. Cambiar derivas, vértigos, miedos. Ver aparecer y desaparecer esperanzas, como islas entre bancos de niebla. Sin futuro, con un pasado por olvidar, todo es presente. Inevitablemente presente. Y también un combate por ese tiempo, por permanecer. Frank encuentra Kay una noche. Él no lo sabe, pero ella le está esperando. No a

él necesariamente, pero sí, está esperando a cualquiera. Cualquiera que la saque de ese pozo profundo y oscuro. De toda una historia que pesa. Pesa tanto... Lo de él es algo más reciente. Huye de todo aquello que dejó en Francia. Se esconde en Manhattan de sus fantasmas. Pensaba que sería fácil. Él, un actor reconocido, un actor que no tendrá ningún problema para trabajar en los Estados Unidos. Primero California. Hollywood. Pero nadie le espera y nadie quiere saber de él. Luego Nueva York, donde tampoco encontrará nada, más que una desoladora habitación, un refugio, desde el que escucha la conflictiva relación amorosa de sus vecinos. Y eso es todo. Poco. Nada. Entonces, se encuentran. Él ni tan siquiera se llama Frank y ella es algo más que Kay, pero con eso es suficiente para entenderse. Incluso para que surja una relación que podría ser amor y que sí, es amor, un amor complicado, porque él desconfía de esa mujer encontrada ahí, en ese bar, en esa madrugada, con esa canción una y otra vez sonando en el jukebox. Eso y los celos, esos celos que duelen, en los que cada historia que conoce,

cada cosa que le cuenta, son como agujas que se le clavan ahí, en la cabeza. Pobre Frank. Georges Simenon escribe una novela sobre una pasión y uno espera un asesinato. Cómo entendernos... O cómo no entenderlos... Una noche sigue a otra noche. Las palabras medidas, los desbordamientos, las dudas... Todo lo que les aleja les atrae, hasta ese aire de fatalidad. Y ahí, en la fatalidad, es dónde decide instalarse el escritor francés. En unas derivas que se anticipan en muchos años a las de Jeanne Moreau en *Ascensor para el cadalso*, la película de Louis Malle.

La deriva, la noche, el fracaso. Todo lo que puede unir a dos almas perdidas, definitivamente perdidas, para ellos y, seguramente, para los demás. Kay no piensa que haya vuelta atrás. Sus treinta y pocos años la convierten en demasiado vieja. Frank sí. Aún cree. Todavía. Tal vez solo Simenon podía ser capaz de escribir una novela de amor como esta, al borde de un abismo. Un abismo de interminables avenidas y bares siempre abiertos para recoger a esos restos de la humanidad. Una novela en la que los sentimientos están siempre amenazados, como ese barco borracho de Rimbaud. No sé por qué pienso ahora en *Adiós al macho*, de Marco Ferreri, con ese King Kong caído, ese Nueva York al fondo, ese hombre perdido, pero no derrotado. Sí, decía Ferreri: el futuro es mujer. También para Frank, François. También.



### Lloremos

Francisca Pageo

EL LIBRO DE LAS LÁGRIMAS, DE HEATHER CHRISTLE (TRÁNSITO)

(*Algunos apuntes*) Estamos ante un libro que no esconde nada, sino que libera. Heather Christle es poeta pero con este libro se adentra en la prosa y las lágrimas brotan sin que ella quiera. Christle aborda el duelo, la depresión, el arte, la cultura e incluso el feminismo. De este modo estamos ante una especie de estudio sociológico de la lágrima. No termina de ser un ensayo, pues es una prosa lírica y poética. Es un libro autobiográfico que desnuda a una autora que hay que conocer.

(Nota de la editorial) «Se dice que quizá lloramos cuando

fracasa el lenguaje, cuando las palabras ya no pueden transmitir adecuadamente nuestro dolor».

La poeta Heather Christle desvela la historia íntima de sus lágrimas —desde el suicidio de un amigo hasta sus embarazos o la historia de depresión en su familia— para desentrañar las razones biológicas del llanto e investigar su influencia en el arte, la cultura y el feminismo.

En estas páginas Christle nos descubre a una artista que diseña una pistola de lágrimas heladas; a una polilla que

se alimenta de las lágrimas de otros animales y artilugios para lidiar con el duelo como el «lacrinatorio», un recipiente de la Antigüedad donde el «doliente pudiese verter sus lágrimas recién derramadas». La autora nos hechiza con sus fragmentos poéticos y explora cómo la historia de las lágrimas se enlaza con la violencia racista o el estigma de la enfermedad mental.

Brillante, ingenioso y sincero, El libro de las lágrimas es una celebración de la poesía y un particular homenaje a la fascinante rareza de las lágrimas.



**DÉTOUR, NÚMERO ONCE**  
2021-2022

DETOUR.ES

JUAN JIMÉNEZ GARCÍA

**EL RESTO ES SILENCIO.  
UNA CONVERSACIÓN  
CON EUSEBIO CALONGE**

Danielle Collobert pasó por la literatura francesa entre la velocidad y el silencio. Con apenas media decena de obras y un suicidio a los 38 años, en la soledad de una habitación de hotel. También, con el apoyo decisivo de Raymond Queneau, tras la negativa de Les éditions de Minuit, quien publicó en Gallimard *Asesinato*. Con esa muerte que iba y venía en sus versos, que era fondo y sustancia. Con esos versos que podrían competir con los de Unica Zürn, escritos con lengua de hielo, en los que palpitan tantas sensaciones elementales que el lector apenas puede despegar la vista para continuar con la siguiente historia. O bosquejo. O boceto. Con ese pensamiento interior que Collobert derrama, todavía caliente, sobre la hoja. Con ese sentimiento de amargura, de tristeza, con el que zurce una especie de mapa del dolor, de heridas y certezas en torno al fin. En torno a esa frontera borrosa que tarde o temprano atravesamos, cuando empezamos a dejar de existir. En torno a esa muerte que, paradójicamente, la autora convierte en una obra viva. En ese susurro -no hay mejor registro para interpretar, para entender, la lectura tan íntima en la que nos instala *Asesinato*- que solo se detiene en la última hoja. Tras la retahíla de sentimientos, sensaciones, emociones, impresiones que acumu-

## Desgarros

Oscar Brox

ASESINATO, DE DANIELLE COLLOBERT (LA NAVAJA SUIZA)

lan, o más bien retratan, las diferentes caras del desasosiego.

No es la primera vez que Collobert se asoma a la edición española -Kokoro publicó recientemente una de sus antologías poéticas-, pero leer este *Asesinato* deja ese poso, ese regusto, propio de un primer acercamiento. Quizá, también, ese desconcierto cada vez que tratamos de unir las intuiciones que funcionan como capítulos-historias separados, fundiendo las diferentes reflexiones contenidas en un mismo cuerpo. Por mucho que las historias de Collobert sean, más bien, abismos interiores que nos enseñan -como en las autoficciones de Édouard Levé- un lento, pero firme, proceso de descomposición. Como esas cáscaras vacías, chorreando carne y burbujeando fluidos, que marcan la presencia de unos cangrejos muertos (uno de los motivos del libro). La presencia de esa muerte que parece sustraer todos los colores del mundo, el acento moral de las cosas, la mezcla de sentimientos a los que ape-

lamos para interpretar la realidad. Algo que, página a página, Collobert describe con extraordinaria clarividencia, dejándonos el sabor amargo al comprobar hasta qué punto los diferentes instantes que comprenden *Asesinato* anuncian un proceso de desmontaje de la autora. De su intimidad. De su relación con el mundo y las cosas. De ese todo en el que habitualmente englobamos la vida, que Collobert descompone minuciosamente para mostrar el dolor, el desgarro, tras cada hecho cotidiano.

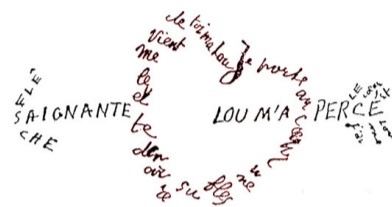
Hay una imagen en *Fin de Poema*, de Juan Tallón, en la que Cesare Pavese, aislado en su casa de Turín, observa desde la ventana cómo se derrite el mundo. Podría decirse que *Asesinato* inspira esa misma reacción. Acaso, con la ternura que desprende la escritura de Collobert; la tensión con la que está escrita cada palabra; la ristra de emociones que parece invocar; la impresión de que, aun siendo breves, el lector corre siempre a una distancia importante por detrás de las narraciones breves de Collobert.

En parte por la firmeza con la que su autora destruye cualquier asomo de certeza, cualquier asidero o espacio reconocible, de manera que nos obligue a participar de su extrañamiento con el mundo. De su soledad. De su deseo de rechazar cualquier salida fácil para enseñarnos ese lugar en el que nace el dolor. Mientras, afuera del texto, el mundo se derrite. Puede que *Asesinato* sea una de esas obras que te vuelan la cabeza, en cuyas palabras se puede, prácticamente, escuchar la respiración de Collobert. Atlas del dolor, de la herida y el desgarro, la obra de Collobert se eleva como un canto a la muerte, tan solo para mostrarnos cómo, detrás de esa palabra, se halla toda una obra viva. Palpitante. Que desafía al lector a tirar del hilo de sus certezas para llegar a ese lugar en el que se amontonan las cáscaras vacías de los cangrejos, los cuerpos suspendidos de aquellos que han perdido la voz. Las voces chillonas de los que están a punto de perderla. En fin, esa pura vida que se acumula, casi bordeando el atragantamiento, en las pocas páginas que componen *Asesinato*. En las que el lector, más que en ninguna otra obra, asiste al proceso de descomposición de una forma de ver el mundo. Tan frágil, tan tierna, hasta cierto punto tan bella, que en su última página sabemos que nunca volverá a suceder.



< SUSCRIBIRSE AL BOLETÍN DEL CLUB PARA RECIBIR PUNTUAL INFORMACIÓN

DETOUR.ES | DIARIOS.DETOURES  
CORREO@DETOUR.ES | FACEBOOK/REVISTADETOUR  
INSTAGRAM/REVISTADETOUR | TWITTER/TDETOUR  
LLIBRERIARAMONLLULL.COM



**literaturas**  
literatura en détour

literaturas.detour.es

Hace unos años, Pepitas publicó, como uno de esos milagros de la edición, *La miel*, de Tonino Guerra. El milagro no era publicar a Tonino Guerra, que también, sino publicar su poesía dialectal. Y ahora, como si aquello no hubiera sido suficiente, vuelve sobre *La miel*, pero esta vez el poemario no está solo, sino que lo siguen *El viaje* y *El libro de las iglesias abandonadas*, mientras en sus páginas crecen las imágenes, los litografiados, de Carlos Baonza. Porque los poemas de Tonino Guerra, crecen, surgen de la tierra, del cielo, del agua, y crecen, mientras las ilustraciones surgen de las páginas en blanco, del aire que rodea las palabras. Todo ello, junto a la traducción y prólogo de Juan Vicente Piqueras, conforma este *El árbol de agua*, bajo el prometedor subtítulo de *Poesía reunida, uno*. Un libro de palabras antiguas, de viejas sonoridades, sacadas del más profundo pozo del tiempo pasado.

Tonino Guerra, por citar algunos apuntes sobre él, es el guionista de buena parte de las películas más importantes del cine europeo, del siglo pasado. Escribió para Federico Fellini (*Amarcord* no son los recuerdos de infancia del director italiano, sino los suyos, y esto se entiende perfectamente leyendo precisamente su poesía), Michelangelo Antonioni, Andrei Tarkovski, Theo Angelopoulos, Francesco Rosi o los hermanos Taviani, entre otros. Y un día, decidió que debía acabar con todo

## Palabras antiguas

Juan Jiménez García

EL ÁRBOL DE AGUA, DE TONINO GUERRA (PEPITAS)



eso, que debía abandonarlo todo y regresar a los lugares de su infancia. Y eso hizo. volviendo al valle del Marecchia (ese *árbol de agua*), viviendo allí, entre los pocos habitantes de lo que ahora llamaríamos Italia vaciada o mundo vaciado. Y así, regresaba todo: infancia, paisajes y lengua, el dialecto romañolo. También, seguramente el tiempo, que es algo que ahora solo sabemos que existe por los relojes y es una unidad de medida para

calcular lo perdido, rara vez lo encontrado.

En ese acto liberador, Tonino Guerra encontró un mundo hecho a mano, construido poco a poco, según las estaciones se suceden y los hombres se suceden. Un mundo antiguo en el que recuperar esas palabras antiguas. Una voz que se pierde en la noche de los orígenes y va encontrando las luces del día. Que rara vez es deslumbrante, por el exceso de luz acaba por igualar

las cosas, desapareciendo los matices, las sombras. En sus poemas, la vida se mueve entre claroscuros. Así es para esos dos hermanos y su vida transformada en cantos (*La miel*), bien para esos dos viejos que no han visto nunca el mar y parten en su búsqueda (*El viaje*) o esas iglesias que van desapareciendo como desaparecen tantas cosas, tragadas por aquellas tierras olvidadas (*El libro de las iglesias abandonadas*). En Tonino Guerra no hay una nostalgia impostada, porque no echa nada de menos. El pasado está ahí, el presente está ahí y el futuro estará ahí, como en una sucesión natural de lo vivido y lo por vivir. Sus poemas rezuman humor y todo respira a pleno pulmón, entre personajes inolvidables. Para ver solo hay que saber mirar. Los sentidos abiertos, la mirada que encuentra horizontes abiertos. Tonino Guerra volvió a encontrarse consigo mismo.



## Poned las lámparas en las palabras

Francisca Pageo

OBRA POÉTICA (1904-1974), DE SAINT-JOHN PERSE (GALAXIA GUTENBERG)

La obra poética de Saint-John Perse es basta, densa, es un material inabarcable que inunda a los sentidos de emociones y sentimientos. Galaxia Gutenberg la publica y no podemos sino alabar esta maravillosa decisión. En una edición bilingüe, traducida por Alexandra Domínguez y Juan Carlos Mestre, leeremos a Saint-John Perse pausada y detenidamente, pues no podríamos aquí hacerlo de otra forma. He tardado un mes en llegar hasta estas palabras que aquí escribo y aún no estoy segura de saber qué he leído. Así que quizás haya que perdonarme algo, quizá aquello a lo que una no puede llegar, lo que no puede encontrar. La poesía de Perse estaría enormemente influenciada por su vida, que es la gran herramienta de la que se sirve; por su infancia, esos momentos que lleva a ras-tras consigo; por sus obsesiones, ¿qué es un escritor de poesía sin ellas? Estamos en esta obra ante la búsqueda del poema del poeta mismo. Ante un viaje por la metáfora, por la idea que proviene del logos y que transformamos en un bello sentimiento, ¿o es aquí el sentimiento mismo de donde provienen sus poesía?

Creo que es de las dos, pues metáfora y sentimiento se abrazan, se unen, forman un uno para dar al lector una semilla que crece y crece hasta rodearlo. La poesía de Saint-John Perse es así. Hay poesía del cuerpo, de lo que yace en él, pero también hay poesía de la muerte y sus cenizas. Poesía que se volatiliza y así mismo densifica nuestro alrededor.

Lo importante de esta compilación, sus *Elogios*, *La gloria de los reyes*, *Exilio*, *Vientos*, *Mares*, *Crónica* y *Pájaros*, es quizá la cantidad de conjuraciones a los elementos que tiene. La tierra, el agua, los vientos y los mares... Perse los conjura hasta tal punto que se convierte en ellos, los humaniza, los petrifica en poemas que se hablan a sí mismos y nos hablan de forma antigua, ancestral, pero también de una manera muy humana, como si los dioses mismos hablaran tras estas palabras. Lo mítico halla su forma aquí. La mar es una diosa que se deja seducir. Es también unas sábanas sobre la una cama, son igual unas sábanas ondeándose en el aire, es el interior de una mujer que da el pecho y la mantelería sobre las mesas y un sueño. Di-

ce el autor: «Me hice cargo de la escritura, yo honraré lo escrito.»

Aparecerá la pintura en *Pájaros* y aparecerán los sentimientos y emociones que esta muestra. De algún modo, Perse analiza a Braque, desmenuza sus manchas que forman pájaros, que se hacen a sí mismos. De algún modo, Perse también los dibuja, con palabras y anotaciones sobre los cuadros. Palabra e imagen se complementan (es casi necesario buscar las pinturas de Braque) y dialogan entre ellas mismas. También aparecerán las lámparas, ¿a qué metáfora representan? Quiero creer que ellas son la luz misma con la que el autor apunta a las palabras. Perse las ama y las desea, pero también ama y desea aquellas ideas y aquellos elementos de los habla. Va tras ellas, va tras ellos, y los personifica.

Saint-John Perse se convierte en un autor indispensable para entender la poesía, que no exactamente su poesía. Se hace sentir, al leerla, que esta representa todas las cosas que no pueden ser nombradas, que no pueden ser dichas y a las que el hombre apenas puede llegar. La poesía de Perse es la poesía de lo invisible tras las ideas, tras lo que queremos atrapar y a lo que nunca conseguimos llegar. Pero como toda buena poesía, algo se escapa y lo cogemos al vuelo, quizá con palabras, pero aquí desde luego son los sentimientos y las emociones las que lo harán.

PRÓXIMO CLUB  
**LOS OLVIDADOS**

12 DE NOVIEMBRE, 17:30  
LLIBRERIA RAMON LLULL  
CORONA, 5 - VALENCIA

EL CLUB DE LAS PRÓXIMAS LECTURAS POR DÉTOUR · CLUB.DETOURES

12 DE NOVIEMBRE, 17:30  
LLIBRERIA RAMON LLULL



CALONGE  
KIS  
CALVEYRA  
DOBLIN  
VON HORVÁTH  
SANCHO FIBLA

LOS OLVIDADOS